

El que se vendió... ("El Imparcial")

El que se vendió...

7 marzo 1916.

—¿Pero tú crees que se ha vendido?—le dijo.

—Sí, se está vendiendo de continuo—le contestó.

—A ese Poder...

—¡No, a su público!

—Todo el que escribe se vende a su público.

—No; no todo el que escribe se vende a su público; eso no es verdad. El sacerdote vive del altar; pero el sacerdote que cobra el estipendio por las misas que celebra a tal o cual intención piadosa, si es un sacerdote digno, no vende sus misas.

—¿Me permites una anécdota?

—¿Y por qué no? Eso que llaman los científicos estadística no es más que un conjunto de anécdotas descalificadas, reducidas a cantidades. Venga, pues, la anécdota.

—Cuentan que un obispo llamó a un cura muy pobre, casi indigente, para reprenderle porque había oído que celebraba misas hasta por un buen vaso de vino, y el cura mendigo le respondió: «¡No haga caso Su Ilustrísima; son misitas de tres al cuarto, sin credo ni gloria!»

—En efecto, y así hay quien vende a su público escritos de tres al cuarto, sin credo ni gloria, ¡sobre todo sin credo! Y es porque no siente el sacerdocio de su oficio, o siente demasiado la mendicancia. Y te digo que sí, que sin venderla a ningún otro Poder, hay quien vende su pluma, y con ella su conciencia, a su público.

—Es que quien escribe para el público debe satisfacerlo...

—Volvemos a lo tan resobado y asendereado de nuestro clásico:

El vulgo es necio, y pues que paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.

No, nuestra obligación, la de los que hablamos al público, es corregirle y para ello irle de contra, a redropelo si es preciso, aunque es mejor cogerle de sesgo. Figúrate que en un pueblo cualquiera, ante uno de esos solemnes acontecimientos milenarios, ante uno de esos hechos que sacuden los cimientos de la sociedad humana y le hacen cambiar de postura, se produce un movimiento que tú estimas descarriado y que por papanatería, por ramplonería o por otras pasiones, se entercan en no querer mirar adonde se debe, ¿cuál es tu deber? Tu deber es decirles, no lo que ellos quieren que les digas, sino lo que tú crees deber decirles, lo que tu conciencia te dicta. Y si diciéndoles lo que tu conciencia te dicta se te van y te quedas sin apenas oyentes y vi-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

viendo, como vives, de tu oficio de predicador se te merma el estipendio, debes, sin embargo, decirles lo que debes. No es tu público el que te ha de guiar, eres tú el que has de guiar a tu pueblo. Y acomodarte a lo que de ti quiere es venderte. Y he aquí cómo ese de que hablábamos ha vendido su pluma y se ha vendido.

—Pero ¿es que crees que las opiniones del público no son respetables?

—Cuando lo sean. Lo que creo es que un escritor, que un publicista no debe tolerar mandato imperativo. Puede ser un representante constitucional de un público, obligado a oponerse a este su mismo público cuando le crea descarriado; pero no es un mero procurador, un vocero, un personero. Su deber es ilustrar a su público y corregirlo.

—¿Y si su público no quiere ser ilustrado y si sólo corroborado en sus prejuicios, como en el caso de que tratamos ocurre?

—En efecto, ese público no entiende de justicia; no es que no quiera oír hablar de ella, no; es que no la entiende por parecerle cosa sobrado sutil y enmarañada, y por lo que huye de quebraderos de cabeza. Ese público cree entender de eficacia, y como las alondras tras el espejuelo, se va tras los resplandores de la luz en el blanco de los espadones. Aunque luego se equivoque. Su grito es: «¡Qué tíos!», y su jaculatoria: «¡Viva el que venza!» Ese público, profundamente maquiavélico, cree que tiene más razón aquel a quien cree con más fuerza.

—Bueno, pasemos por todo esto que dices; lo que no quiere decir que lo crea indiscutible, ni mucho menos. ¿Pero es que no cabe que un escritor, un publicista, crea como cree su público? ¿Que sea la conciencia individualizada de ese su público? ¿Que exprese lo que ellos, los que le leen, sienten y piensan, sin acertar a explicarlo a los otros, ni aún a explicárselo a sí mismos?

—Sin duda que eso puede ser y de hecho es muchas veces así. Y no negaré yo el valor de esos publicistas a que he llamado antes procuradores, personeros o voceros de su público y cuyo oficio es dar expresión y forma a lo que éste, su público, oscuramente concibe sin darse maña a expresarlo. Y además, porque una muchedumbre jamás expresa nada sino inarticuladamente, a gritos. Los voceros son una invención de los dramaturgos. Y el coro repite la lección



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

dramaturgos. Y el coro repite la lección siendo incapaz de inventar ni siquiera de alterar efectivamente nada. Un actor puede meter una morcilla en la comedia; el coro jamás morcillea. Pero hay el corega, el que dirige el coro, como hay el demagogo. El demagogo, bien entendida la denominación, ¿eh?, que lo mismo puede ser de derecha que de izquierda, de barricada o de púlpito. Porque cabe un demagogo archiconservador, y aun lo que llamamos reaccionario. Y no puedo negarte que haya publicistas demagógicos—en el recto, es decir, en el etimológico sentido de este vocablo, repito—que no hagan sino individualizar y como encarnar en su palabra—pues la palabra se hace carne—el oscuro sentir y pensar de su público. Suelen ser publicistas ortodoxos, en el más originario y primitivo valor de este vocablo también, publicistas aparadójicos y hasta antiparadójicos. Le confirman a su público en sus oscuras prevenciones y le dicen no más que lo que quiere oír. Pero no es el caso del sujeto de quien hablábamos que, por no tener índole de personero, digo que ahora, al sostener lo que sostiene, está vendiendo con la pluma el alma.

—¿Y en qué te fundas para juzgarle así, tan agriamente?

—¿Agriamente? ¡No! Son cosas humanas. Y acaso él crea que un alma vendida es un alma libertada. Pero no llegó a comprender que abogue contra la libertad de pensamiento el que de veras piensa, es decir, el que piensa libremente; ni que abogue contra la libertad de conciencia el que la tenga libre...

—¿Es acaso su caso?

—Algo parecido. El, tú lo sabes tan bien como yo, henchido de sí mismo, de su propia personalidad, chica o grande, llenándose todo a sí propio—porque hay quien tiene una menuda conciencia de sí perdida en un alma de cantaró, casi vacía—ha cultivado su firma y su acción. Y no me cabe en la cabeza que se ponga ahora a apoyar una causa que no conspira a menos que al allanamiento de las personalidades, a que Leviatán se las trague, como a Jonás la ballena. Porque no olvides que nuestro hombre es un literato, o si quieres mejor, un poeta, y no un hombre de ciencia—¿diremos un científico?—y que la disciplina de aquellos es muy distinta de la de éstos.

—Di más bien que los poetas no tienen disciplina...

—No, no diré tanto; pero sí que propenden al anarquismo y que son unos frenéticos y desenfrenados individualistas. Como que no hay nada menos poético que el socialismo que se pretende científico...

—Y menos científico tampoco...

—Puede ser, porque no sé bien qué es eso de lo científico y de lo científico. Como no sea la estadística y esa andrómida que llaman experimentación... Pero de esto otra vez, y pronto. Por ahora te repito que no me cabe en la cabeza que ese de quien hablamos haya adoptado la posición crítica en que se nos aparece ahora. No la creo sin



D.C. tomo IX



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

—¿Ya empezamos?... ¿Ya me vienes con la malicia tergiversadora de los más claros mentidos? ¡No, no es decir eso! Ya te he dicho que hay procuradores, voceros o peroneros de muchedumbres inarticuladas e impersonales que pueden pensar como esas muchedumbres piensan; pero un hombre que se sienta a sí mismo, que se palpe, que se duela; un yo que sienta que cada uno de nosotros es el fin de la Historia, de la vida y del Universo, uno así no puede pensar de esa manera. Quien lleve dentro de sí a un rey, a un soberano, no es posible que sienta y piense como un recluta, como un puro elector o como un mero contribuyente. Así, como se expresa ahora ese nuestro hombre, no pueden expresarse sino los enemigos de la soberanía popular, que no es sino la fusión de las soberanías individuales. Cuando se habla de un pueblo rey es que es un pueblo compuesto de reyes. Y ese, nuestro hombre, ese que ahora ensalza y encumbra y dice admirar al Leviatán, ese parecía tener dentro un rey.

—¿Y qué iba a hacer?

—Decirle a su público que se equivocaba e imbuirle quijotismo; predicarle contra la adoración a la fuerza. Decirle que Don Quijote, molido y quebrantado en tierra, era más grande que los molinos, por muy bien contruídos que estuviesen éstos mecánicamente. Y que es más grande, no ya que unos arcaicos molinos de viento manchegos, sino más grande que la más moderna y más formidable turbina. Debíó hablar a su público, torpemente materializado, de justicia. Debíó revolverse contra los que anteponen a todo lo que llaman el interés, sin entender que no suele ser tal. Debíó predicarles el buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os hará por añadidura.

—¿Y sabe él, sabe nadie lo que es en este caso la justicia del reino de Dios?

—Sí, él debe saberlo. Y debe saber qué tenebrosas pasiones hereditarias, qué tristes afecciones le han empujado a su público al sentimiento que ahora, en esto, experimenta. Le oí muchas veces, cuando cultivaba a las claras su aristocrático egotismo, hablando de psicología de las muchedumbres, disertar con agria y desdeñosa agudeza de las pasiones de nuestras gentes. Es un observador sagaz que ha aprendido en nuestras plazas de toros, adonde va a la admiración de nuestros públicos. Y yo sé que es un hombre que aborrece las sociedades anónimas.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

El

—Pero tiene que vivir...
—¡No basta, no basta! El debió esperar hacerse un público y no hacerse al público; él no debió húsmejar lo que más gustaba; él no debió sumarse a la mayoría.

—No porque sea mayoría...
—En efecto, no porque sea mayoría ha le estar equivocada; pero... y, «¡sin embargo, se mueve!» El debió ver cómo brotaban ahora, a modo de sarpullido, a flor de piel de nuestro pueblo, las más tenebrosas y tristes pasiones de éste, su secular envidia colectiva, su ruina creencia de que sólo puede prosperar merced al abatimiento de los vecinos. El conoce la miserable mezquindad de las rivalidades entre nuestros villorrios y lugarejos, la enemiga secular y perpetua entre Villavieja y su colindante Aldeapocha, y cómo estalla entre los mozos de una y de otra al menor chispazo, y él debió ver esa trágica mentalidad lugareña aplicarse a la crítica y comprensión de este solemne conflicto. El debió ver, repito, esa mentalidad lugareña, de villorrio, tan poco civil, oliendo a paja de mesón o de venta, pretendiendo juzgar hazañas de caballería andante. Y a la ramplonería de los juicios que lograban más curso debió oponer los dictados de su conciencia aristocrática. Y si no le entendían, y si se los achacaban a pedunculancia intelectualística, no debió hacer caso. ¡Sí, se ha vendido! ¡Y se han vendido otros!

—No todos...
—¡Claro que no! ¿Voy a pretender que piensen todos como yo?

—Pero pretenderás tener razón...
—Pretendo tener mi razón. Hay la razón del lobo, y la del león, y la del águila, y la del zorro, y la de la liebre, y la de la abeja —aunque ésta no sé si la tiene propia y no es más bien la razón de la colmena.—Y cuando el lobo, al devorar a la oveja, dice que lo hace por defenderse, que es en defensa de su vida, tiene razón. ¡Tiene razón de lobo; por supuesto! Y hay la razón del personero o procurador, que es la razón de la anónima tropa a que apersona y por la que procura. Y hay la razón del que defiende al sacrosanto individuo, los derechos del hombre, superiores a toda ley social, los de la gran revolución, la razón de la conciencia, superior a la razón de Estado; del que pelea contra el Leviatán. Y él, ese de que hablábamos, no debió desertar de la causa sagrada del humanismo contra la del pragmatismo. ¡Hombres y no cosas! ¡Libertad y no propiedades! Porque de esto es de lo que se trata.

Miguel de UNAMUNO

HOMENAJE A ARAQUISTAIN

Con motivo de un incidente periodístico, a que dió origen recientemente un artículo de D. Luis Araquistain, los amigos y admiradores de éste, queriendo darle una muestra de adhesión y afecto, le obsequiaron anteayer con una comida, a la que asistieron 200 personas de todas las clases sociales. El agasajado leyó unas cuartillas que fue-

al "Madrid, 7 marzo 1916).



D.C. 6m



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO SALALES